

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

BUONAMICO BUFFALMACCO.

CAPITULO I.

EN DONDE SE CONOCERA A MAESE ANDRES EL ESCULTOR DE FLORENCIA.

Hacia el año 1369 habia en Florencia un anciano pisano llamado Andrés, que gozaba simultáneamente de la reputacion del mayor avaro y del mas hábil estatuario de Italia: merecia efectivamente el concepto que habian formado de él. Al lado de los imperfectos ensayos de Oghissanti y de la portada de San Pablo, sus obras parecian milagrosas. Ademas, la fortuna le habia favorecido proporcionándole la dicha de ver y estudiar los mármoles antiguos que habian llevado á Campo Santo las victoriosas escuadras de los pisanos. Merced á aquellos mármoles, y á los progresos hechos por Giotto, Andrés abandonó la mayor parte de los modelos de los artistas griegos, únicos en aquel tiempo, y comenzó á establecer un estilo y reglas mejores. Su obra maestra era el sepulcro del famoso literato Cino de Angiboldi. Maravillosos bajos relieves, que representaban al doctor en leyes en medio de sus discipulos, circunian todo el monumento y producian la admiracion de toda la ciudad.

Con todo, á pesar de su talento y de sus obras maestras, maese Andrés era generalmente muy poco querido y mucho menos apreciado. A peso de oro se conseguia que hiciese cuanto se queria y formó el modelo de una ciudadela que hubiera construido en la costa de San Giorgio, en 1343, si los florentinos no hubiesen arrojado de Florencia á Gualteri, duque de Alpeirim. Preventivamente habia fortificado con bastiones, fosos y aspilleras el palacio de aquel tirano y como le era muy difícil proporcionarse los materiales necesarios para llevar á cabo obras de tanta consideracion, llevó su imprudente osadia, hasta el punto de apoderarse de los depósitos de madera y piedra que los magistrados de la ciudad habian formado con grandes dispendios para la construcción de Ponte Vecchio. Asi es, que cuando Gualteri fué espulsado de la ciudad, Andrés pensó en huir y se ocultó en la cueva ó sótano de un amigo suyo, durante la primer efervescencia popular. Empero bien pronto se persuadieron de que su avanzada edad debia servirle de excusa: que no podia negarse á servir á Gualteri sin exponer su cabeza, y por último, que si se ensañaban con él, iria á enriquecer con sus obras maestras á alguna ciudad rival de Florencia. Los magistrados concedieron indulto á Andrés, y el pueblo ratificó aquella medida: Andrés, pues, continuó pacíficamente en Florencia, y en esta época fué cuando esculpió el tabernáculo del altar mayor de San Giovanni, las figurillas de mármol, y las estatuas que adornan la cúpula de Santa Maria del Fiore.

Maese Andrés hacia que le ayudasen en sus trabajos su hijo Mino y dos discipulos, únicos que consintió en conservar á su lado. Tommaso y Buonamico Buffalmacco; los dos primeros no tardaron en dejar á Florencia. Para sustraerse de la pesada direccion del viejo escultor, huyeron juntos una noche, y fueron á enriquecer á Pisa con numerosas esculturas. El pobre Buonamico se quedó solo, y como en una de las fábulas de Fedro, tuvo que sufrir la albarda y el freno de los fugitivos. Andrés no le dejaba acostarse hasta una hora muy avanzada de la noche, y apenas el infeliz jóven principiaba á dormirse y descansar de las rudas tareas de su laboriosa vida, cuando el anciano á quien la edad hacia el sueño muy ligero, se levantaba, sacudia por el brazo á Buonamico, le obligaba á dejar la cama y le ponía el martillo y el cincel en la mano. De aquí resultó que el pobre muchacho se puso flaco, perdió el color y la alegría, y no supo ya á que santo encomendarse para salir de semejante purgatorio. Antes era el mas jovial y el mas cantor de todos los aprendices que hacian saltar los pedazos del mármol, pero entonces estaba taciturno y melancólico. En cuanto su maestro se separaba se sentaba tristemente, cruzaba los brazos, inclinaba la cabeza sobre el pecho, y se adormecía hasta que las reprimendas, y con frecuencia la pesada mano de Andrés, le recordaban que estaba allí para trabajar

TOMO III.

y no para dormir. Agréguese á esto que era en tiempo de invierno y que la estacion se hacia demasiado rigida para un pobre niño de diez y seis años, mal alimentado, peor vestido y que no tenia para cubrirse mas ropas que las que su amo habia desechado. Maese Andrés no le regalaba aquellas sino cuando estaban reducidas á harapos. Un condenado no sufre tanto como padecia aquel mártir, y el mismo diablo se hubiera compadecido de él.

De repente maese Andrés perdió su costumbre de maliciar. Los vecinos no le oyeron ya con asombro abandonar su lecho antes que criatura alguna viviente se moviese en la ciudad, y no le sintieron salir de su habitacion hasta bien entrado el dia. El mismo Buonamico dormia toda la noche, y recobraba su alegría y robustez. Algunos, maravillados por tan súbita mudanza se propusieron averiguar la causa. Cuando preguntaban á maese Andrés sobre el particular, contestaba bruscamente á los curiosos, que se ocupasen en sus asuntos. En cuanto á Buonamico, fue preciso creerle; nada sabia, y atribuía las buenas noches que pasaba á las nevenas que habia hecho á Nuestra Señora del Fiore para obtener piedad de su inexorable patron.

CAPITULO II.

EN DONDE SE TRATA DEL ESPIRITU MALIGNO Y DEL TERROR DE MAESE ANDRES.

Sin embargo, maese Andrés estaba cada vez mas sombrío é inquieto; pasada una semana dejó la casa en



Teatro de Pepelito.—Pucineilo y su pareja

que habitaba ya hacia veinte y cinco años, y se mudó á otro cuartel próximo á un convento de capuchinos. La primera noche que ocurrió aquel nuevo domicilio, despertó á su aprendiz como tenia costumbre de hacerlo en otro tiempo y oyeron su despacible voz, rechinar como una puerta que gira sobre entorpecidos y mohosos goznes.

—Eh, Buffalmacco, eh, perezoso, arriba; manos á la obra, pronto, ó si no voy á medirte las costillas con mi báculo.

Todo el dia continuó gruñon y exigente para con el aprendiz; le metió prisa, le reprendió, y no le dejó sosegar un instante. Pero al dia siguiente todo volvió á cambiar otra vez; ya era bien tarde cuando el anciano maestro entró en la habitacion del afortunado Buonamico que dormia profundamente: sus sueños le habian trasportado á una mesa cubierta de los mas exquisitos manjares, y en la que brillaban entre ánforas de plata los platos mas finos y delicados.

Maese Andrés se sentó en la cama de su aprendiz, y acercándose á su oído:

—Buonamico, Buonamico, le dijo en voz baja; ¿No has visto tú, ni oído nada esta noche?

El muchacho no le respondió.

—¿Dios mio... Dios mio! exclamó ¿estará muerto?... pero no, respira, duerme; Buonamico, Buonamico.

Buonamico se movió por fin en su lecho, estendió los brazos, bostezó desmesuradamente, y se volvió del lado derecho. Pero un puñetazo de su maestro le despertó al punto y le hizo incorporarse.

—¿No has oído nada esta noche?

—Dejadme por todos los santos, maestro; me he llevado la noche de un sueño; no, no he oído mas que vuestra voz que me despierta; no he sentido mas que la puñada que me ha magullado la espalda.

—¿Y puedes dormir en medio de esos milagros aterradoros?

—Dormiria entre dos demonios replicó Buonamico. Si no me voceaban al oído, si no me pegaban para despertarme, creo que no oiria sus gritos aunque bramasen con mas fuerza que mil docientos toros. Ya lo sabeis maestro, tengo el sueño muy pesado.... pues que duermo en vuestra casa, añadió mentalmente. Pero sus ojos chispeaban de malicia al pensar en la frase que no se atrevian á pronunciar sus labios.

—No ha visto nada.... no ha visto nada.... Tal vez sea una ilusion, un error de mis sentidos. Escucha Buonamico; la noche se próxima la posaremos haciendo oracion.

—Está muy bien, contestó el aprendiz. Encenderemos tres hermosas velas que alumbren de modo que escedan á la iluminacion que hubo en la ciudad cuando Gualteri fué espulsado de Florencia.

—¿Y querrás decirme porqué han de ser tres las velas?

—Porque dice el refran que cuando el diablo no encuentra á media noche mas que una vela, anda dando vueltas en derredor suyo, y que si encuentra dos se coloca en medio, pero contres, huye y se vuelve al infierno, porque le representan la imagen de la Santísima Trinidad.

—Tres velas costarán mucho, dijo para sí el maestro Andrés, y mas triste y pensativo que nunca, mandó á su aprendiz que se vistiera y le siguiese.

Buonamico obedeció, y ambos se fueron á trabajar. Por la noche y ya cerca de la mitad de ella, maese Andrés encendió tres velas, se arrodilló, obligó á Buonamico á que hiciese otro tanto, y comenzaron á rezar. Andrés dirigia en torno suyo miradas inquietas y temerosas, pero nada vió que pudiera causarle inquietud, y concluyó por adormecerse y dormirse profundamente. De repente le despertaron los gritos de Buonamico.

—¡Maestro, maestro!... decia el aprendiz, ¡socorredme! ayudadme...

Andrés corrió hacia el lado de donde salia la voz porque en la habitacion reinaba la oscuridad mas profunda, pues las tres velas se habian apagado.

—¿Qué ha sucedido? ¿qué ha sucedido? preguntó el estatuario con voz sofocada.

—En nombre del cielo y de la Virgen Santísima, maestro, dejemos este sitio si quereis que os hable, contestó Buonamico: me muero de miedo. Y abriendo la puerta, escapó á la calle.

—¡Ah! maestro, dijo cuando se encontró fuera, la casa está habitada por malignos espíritus: ¡pobres de nosotros!

Al oír estas palabras crugian los dientes de maese Andrés, y le flaqueaban las rodillas.

—¿Qué has visto? ¿qué has visto? preguntó temblando de miedo y de frio.

—Rezaba el rosario mientras dormiais, dijo el jóven, y principiaba á sentir alguna pesadez en mis párpados, cuando observé que el pábulo de una de las velas se ponía demasiado largo y hacia que se corriese el sebo de una manera poco económica. La vela no podia durar diez minutos si continuaba así, y me pareció que debia poner remedio. Al tiempo de despaillar, la apagué, y en el mismo instante apareció entre las dos que quedaban, un hombre negro muy alto.

—¡Ah Buonamico! me dijo con una voz que se asemejaba al ruido de una carraca, ¡ah Buonamico!... si quierdes aprender el oficio de estatuario, te trataré como mereces.

Me hizo un gesto horrible, alargó las manos, apagó las dos velas, y al momento vi la habitacion llena de una porcion de lucecitas errantes que no tardaron en desaparecer.

—Le ha sucedido lo que á mí, prorumpió Andrés lamentándose; ha visto lo que yo, ha visto lo que yo.... Es preciso que acerca de estas estrañas apariciones vaya á consultar con un doctor. Y apoyándose en el brazo de su aprendiz, se dirigió á la casa del anciano sabio.

—Padre mio, le dijo, hace ya algunos dias que me encuentro acosado por apariciones horribles. Por la mañana en cuanto me despierto sin tener tiempo para

tomar mi eslabon y encender el velon, veo entrar unas lucecitas por mi puerta, á pesar de estar bien cerrada, atraviesan la habitacion con lentitud, y van á perderse en un gabinete situado en una de las estremidades de mi cuarto. Esta noche me habia puesto á hacer oracion con mi aprendiz para conjurar los espíritus malignos, y el diablo en persona se ha aparecido á Buonamico dirigiéndole palabras amenazadoras contra los estatuarios.

El doctor hizo que le repitiesen la historia, y no pudo dudar que el demonio andaba en el negocio, por que en aquella época se creia generalmente que los ángeles rebeldes aparecian con frecuencia sobre la tierra.

—Hermano, le preguntó á Andrés, ¿habeis comedido alguna falta que os haya puesto en poder del diablo?

—No, señor, por lo menos que yo recuerde, respondió el estatuario.

—A menos, interrumpió Buonamico, que no sea por haber dicho que vos habiais gastado una libra de oro en incrustar la cruz de bronce cincelada para nuestro padre santo el papa, cuando no habeis empleado mas que diez onzas....

—Ese seria efectivamente un pecado enorme, dijo con severidad el cura.

—¡Ay! suspiró el estatuario, el maestro platero del santo padre ha reconocido mi error, y me ha hecho restituir el esceso.

—He oido asegurar muchas veces, continuó el aprendiz sin hacer caso alguno de las amenazadoras miradas que le dirigia su maestro, he oido asegurar que los demonios son los mayores enemigos de Dios. Por consiguiente nos deben tener el mismo odio á los pintores, por que no contentos con representarlos tan feos como nos es posible, les arrancamos las almas de muchos pecadores que convertimos con nuestras estatuas y cuadros religiosos. Ahora bien, la noche, como ya sabeis, pertenece al demonio, y si no abandonais la costumbre de velar, debeis temer que los malos espíritus os jueguen otros chascos mas horribles que los que hasta ahora os han pasado.

—Tiene razon, dijo el doctor, no veleis: no puedo menos de aprobar el razonamiento de ese jóven. Dios ha puesto la verdad y la luz en su boca, como lo hizo en otro tiempo con el profeta Daniel. No veleis: renunciad á todo trabajo nocturno: no trabajéis mas que con la luz del dia.

Andrés volvió á su casa y siguiendo los sábios consejos que recibiera de su aprendiz y del sabio doctor, renunció á su trabajo nocturno. Buonamico Buffalmacco, pudo, pues, dormir pacíficamente toda la noche. Una sola vez, Andrés apremiado por un trabajo urgente, y tranquilo por la desaparicion de las luces infernales que en otro tiempo habian recorrido su alcoba, despertó muy de madrugada á su aprendiz. Empero, al dia siguiente volvieron á aparecer las visiones infernales, y Andrés tuvo que renunciar de nuevo y para siempre á abandonar el lecho antes de salir el sol.

El rumor de aquella aventura se divulgó por Florencia y por toda la Italia: alabaron mucho la sabiduría é inteligencia de las interpretaciones de Buonamico Buffalmacco, y los estatuarios y pintores que se hallaban en Florencia, atemorizados con el ejemplo de su antiguo compañero, no se atrevieron á trabajar de noche. Esta supersticion no cesó hasta el tiempo de Miguel Angel Buonarrotti, que se burló de los ridículos terrores de los demás artistas, y desafió al demonio á que se le apareciese, mientras trabajaba el mármol á media noche. El demonio no contestó á la provocacion, y alentados con el ejemplo y la impunidad del grande escultor, los demás artistas renunciaron á su absurdo temor.

Ahora es necesario explicar cuales eran los demonios que visitaban la habitacion de maese Andrés.

Buonamico, desesperado por no poder dormir y verse obligado á dejar la almohada cuando mas agradable le era el sueño, inventó la astucia siguiente para no ser compelido á cambiar tan pronto el dulce calor de su lecho por el frio glacial del obrador. Por medio de unas agujas cortas y finas, puso treinta cerillas en el dorso de otros tantos escarabajos que habia cogido en un sótano: cuando se aproximaba la hora en que solia levantarse Andrés, encendia sus candelabros vivientes y los iba introduciendo uno á uno por una hendidura que habia en la puerta de la alcoba del estatuario. El resto de la historia ya le sabeis.

CAPITULO III.

EN EL QUE PUCINELLO ECHA A PERDER LOS NEGOCIOS.

Aun cuando habia conseguido dormir toda la noche en casa del maestro Andrés, Buonamico no por eso encontraba menos dura su condicion en casa del estatuario. El avaro viejo daba muy mal de comer á su aprendiz, y le obligaba constantemente á cortar piedras, cincelar estatuas y trazar planos de arquitectura, sin dejarle tiempo para dedicarse á la pintura, que era su gusto dominante. Contrariada esta aficion, se hizo tan viva que para satisfacerla Buffalmacco resolvió pasar una parte de las noches pintando, y sacrificar de este modo á la pasion de que se hallaba poseido, el sueño que era el mayor placer que tenia en el mundo. Con dificultades inauditas consiguió por fin comprar un velon, quitó aceite á su maestro y una noche se instaló con sus pinceles y colores. Mas apenas comenzaba á pintar su tablero, cuando maese Andrés, que nunca cerraba mas que un ojo, se despertó medio soñando, entró en el cuarto del aprendiz y le preguntó enfurecido si queria traer

otra vez al demonio á casa. Buonamico, víctima de su propia astucia, apagó su luz, y durante algun tiempo tuvo que renunciar á pintar.

Mas de una vez concibió el pensamiento de huir de casa de su maestro, y de substraerse á la esclavitud con que vivia con el viejo estatuario. Pero la miseria y el hambre le impedian romper sus cadenas: resignábase como mejor podía con su triste suerte y pedia fortaleza y consuelos á su travieso genio, cuando un dia enfrente del teatro de Florencia y al aire libre, se encontró un saltimbanqui que enseñaba unos muñecos y tenia en derredor suyo una multitud inmensa. Buonamico, aunque entonces tenia ya veinte años, no tuvo escrúpulo en presenciar aquel espectáculo gratuito. Reíase á carcajadas de los chistes de maese Pucinello y de su camarada el capitan, cuando sintió que le tiraban suavemente del brazo. Levantó la cabeza y vió una jovencita muy linda vestida con oropeles y lentejuelas que le presentaba un platillo pidiéndole una moneda. Buonamico fingió que no la veia y se puso á mirar á Pucinello. Pero la jóven sin hacer caso, le volvió á tirar segunda vez de la manga y le dijo de modo que pudieran oírlo los mas sordos de Florencia:

—Señor, señor, para Pucinello.

—No llevo dinero, respondió el pobre aprendiz.

—Sin embargo, os reiais demasiado alto, repuso la jovencita, para reiros gratis.

—Pues bien; yo no reiré gratis. Tu Pucinello tiene la nariz partida, y su fisonomía salvaje no guarda relacion con las ingeniosas palabras que le hace decir tu padre. Mañana te traeré otra cabeza de Pucinello.

—Preferiria mejor una moneda, dijo la pedigueña haciendo un gesto. Pucinello, tal como está, sostiene á mi familia ya hace veinte años. No veo qué podemos ganar en cambiarle.

Buonamico nada contestó, y se volvió á casa de maese Andrés. Al otro dia, engañando la vigilancia de su maestro, pasó una gran parte de la mañana en arreglar un pedazo de madera para formar la cabeza de Pucinello. Tomó por tipo y por modelo el rostro de maese Andrés: con sus grandes ojos desfavoridos, su nariz gigantesca, su barba de chancleta, y sus delgados labios, contraidos siempre por su avaricia y su mal humor. Cuando la hubo concluido, pintó la cara, y salió del obrador para llevar su obra á Jacome Pepelito, poseedor del establecimiento de muñecos.

Al ver la cabeza de Pucinello que le lleva el jóven, maese Pepelito comprendió á la primer ojeada, cuán superior era á la antigua y disforme que estaba destinada á reemplazar. Al momento se ocupó en arreglar un vestido y un sombrero para el nuevo Pucinello; hizo la casualidad que uno y otro se pareciesen en la forma y en el color al sombrero y vestido que diariamente acostumbra á usar el escultor Andrés. Juzgad, pues, cuán grande seria la algarazara, cuando la muchedumbre vió aparecer en vez de Pucinello, al viejo estatuario que todos conocian en la ciudad. Los gritos y los aplausos duraron mas de un cuarto de hora, y se repetian á cada chiste del muñeco. Porque el diablo se mezcló en el negocio, y puso en boca de Pepelito, sin que él lo supiese, mil palabras que eran otras tantas alusiones muy directas á la vida y costumbres de Andrés. Jamás habia sido Pucinello mas charlatan, mas avaro, gruñon y desvergonzado. Todos veian en aquello la intencion de burlarse del estatuario. Para colmo de desgracia, Andrés cedió á las instancias de su aprendiz, que ya no pensaba en la semejanza de Pucinello con su maestro, y estaba impaciente por saber el éxito que habia tenido su figurilla. Llegaron ambos á la plaza, y frente al teatro, en el momento en que Pucinello reprendia á su muger, porque no habia partido una pajuela, y la habia quemado entera.

Ella exasperada contestó: tú eres capaz de venderle á cualquiera por ganar un ochavo.

—¡Al tirano Gualteril!... gritó uno de los concurrentes.

Todos aplaudieron estrepitosamente aquella burla, y maese Andrés, que ya habia reconocido en Pucinello su caricatura, se precipitó sobre Pepelito, y quiso golpearle. Pero este agarró al débil anciano en sus robustos brazos, le levantó en alto, y haciendo una seña á su muger para que quitase el pequeño teatro, comenzó á enseñar y hacer dar vueltas al verdadero Andrés, como lo habia hecho antes con Pucinello. Por fin, el estatuario escapó de las garras de su perseguidor, y fué á quejarse al magistrado encargado de la policia en Florencia.

El magistrado tuvo que contenerse para no reirse al escuchar la aventura, pero como Andrés era uno de los personajes mas considerados de la ciudad, se vió precisado, aunque á su pesar, á proseguir el negocio, y en el mismo instante hizo comparecer ante sí al saltimbanqui Pepelito. Este alegó su inocencia; declaró que no sabia nada acerca del escándalo que habia producido contra su voluntad, y refirió que un jóven le habia llevado gratuitamente una cabeza de Pucinello para que reemplazase á la antigua. Maese Andrés comprendió entonces que todo habia sido una jugareta de su aprendiz; nada dijo, y aun pidió la absolucion completa de Pepelito, con condicion de que le entregase la cabeza de madera, é inmediatamente se volvió á su casa, en donde Buonamico, metido en su cama, y aparentando que dormia, estaba en la mayor inamovilidad. Los fuertes palos que llovian sobre su cuerpo, pusieron término á su supuesto sueño. Se levantó gritando, mas no por eso pudo librarse del báculo de Andrés, con la diferencia de que en vez de dar en las mantas, los golpes daban en el desnudo cuerpo del aprendiz.

Cuando el cansancio hizo contenerse al anciano, fué á sentarse medio muerto sobre el miserable lecho que con tanta presteza habia hecho abandonar á su aprendiz, y le dijo:

—Vais á salir inmediatamente de mi casa, y si tratáis de volver, mi baston acariciará otra vez vuestras espaldas.

Buonamico se bajó para tomar su vestido, pero Andrés le detuvo:

—Esos vestidos son míos, le dijo, y os prohibo que os los lleveis: pero como no podeis salir desnudo de mi casa, tomad: ahí teneis con que vestiros. Y le arrojó una capa vieja y llena de agujeros.

—Dejadme tomar mi chaleco y mis calzones: ¿qué quereis que haga con esa capa por único vestido?

—Parece que os habeis aficionado á las caricias de mi caña, señor Buonamico; en ese caso, voy á volver á comenzar.

Y principió en efecto á sacudir con tanta prisa y tanta fuerza, que el aprendiz se vió obligado á huir, y salirse á la calle.

CAPITULO IV.

EN EL QUE LA FORTUNA DE BUONAMICO CAMBIA DE ASPECTO.

Cuando se vió al aire libre, Buonamico se puso á reflexionar seriamente sobre su posicion, que era en verdad poco consoladora. Sin un cuarto, sin pan y sin vestido, ¿qué habia de hacer? Se dirigió hácia la barraca de Pepelito, pero este, á quien la escena de la tarde anterior habia producido disgustos, y que debia á aquel jóven las amenazas y reprensiones del encargado de policia sin contar la pérdida de la tela con que habia hecho el traje de Pucinello, rechazó al jóven, y le puso en la puerta con tanta aspereza que le rasgó la capa con que se cubria.

Los ojos de Buffalmacco se llenaron de lágrimas, y por un momento se apoderó el desaliento de su corazón. Pero bien pronto recobró la alegría y la esperanza, y fué á echarse en las gradas de una iglesia inmediata, en donde se durmió profundamente hasta bien entrado el dia.

Entonces fué á casa de una vendedora de macarones, á la que favorecia con su asistencia cuando podia disponer de alguna moneda, la contó su desventura, y la mostró su extraño traje. La anciana se compadeció al oír tan lastimera narracion, y prestó á Buffalmacco una aguja, hilo y tijeras, con las cuales hizo como mejor pudo de la capa una especie de chaqueta y unos calzones. Despues llenó el estómago con una buena porcion de macarones que le dió la benéfica muger, fué á pasearse por la ciudad, harto inquieto por el porvenir. La casualidad hizo que pasase por enfrente de la casa de su antiguo maestro. Encontró en el arroyo una porcion de tierra arcillosa que allí habian arrojado. La recogió maquinalmente, se puso á endurecerla, é hizo una figurita de la Virgen, que tenia en la mano y pensaba vender por cualquiera moneda de cobre, cuando encontró á un desconocido embozado en una capa. Miró aquel la figurita con curiosidad, y dando al jóven un golpecito en la espalda:

—Vendeis esa figurita, le dijo:

—Sí señor, contestó Buffalmacco.

—¿Cuánto quereis por ella?

—Lo que gustéis, caballero.

—Toma ese escudo de oro.

—¿Un escudo de oro? ¡Ah señor! si quisieseis muchas figuras de estas, os proporcionaria una cada dia, y mucho mas baratas, dijo Buonamico, haciendo saltar en su mano la moneda de oro.

—¿Luego conoces al autor de esta preciosa figura?

—Mucho: como que soy yo.

—¿Tú!...

El desconocido dirigió una mirada de asombro al estravagante traje de Buffalmacco. Entonces el aprendiz le refirió su desgracia de la vispera.

—Pues bien, le dijo la persona que como una buena estrella se habia aparecido al jóven en su camino: si quereis ser aprendiz de Giotto; recibirás un salario honroso.

—Consiento con muchísimo gusto, contestó Buffalmacco, con tal que Giotto me emplee en pintar y no en hacer figuras.

—Yo te creia estatuario....

—Entiendo mas de pintura que de manejar la arcilla, el martillo y el cincel. Haced la prueba, caballero, y lo vereis.

Giotto llevó á su casa á Buonamico, é impaciente por verle trabajar, le puso en la mano los colores y pinceles. El jóven aprendiz bosquejó rápidamente una imagen de la Virgen, y Giotto le abrazó.

—Desde ahora eres mi oficial predilecto, dirigirás á mis demás discípulos, y solo dependerá de tí el que tu nombre llegue á ser algun dia célebre, y se llene tu bolsillo. Toma dinero, ve á comprarte vestido, alquila una habitacion y ven á buscarme mañana.

Buffalmacco creia que soñaba porque Giotto habia llegado á ser rival, y rival afortunado de Andrés; era, pues, ascender el llegar á ser su discípulo. Despidiéndose de su nuevo maestro con la efusion del reconocimiento y se dirigió á casa de un comerciante de ropas; allí se compró dos vestidos decentes, porque la suma que le habia dado Giotto era bastante regular. Uno de ellos era para el obrador y el otro para los dias de fiesta. Hecho esto, alquiló un cuartito en una casa inmediata á la de Giotto, y al dia siguiente ocupó su puesto

en el taller, en donde su talento y habilidad, le gran- gearon bien pronto la envidia de sus compañeros y la confianza absoluta de su maestro.

Desgraciadamente no hay en el mundo felicidad completa y Buonamico no tardó mucho en conocerlo. Estaba bien alimentado, ganaba algún dinero, tenía envidiosos y recibía los elogios de su maestro; pero se hallaba privado de lo que mas amaba en el mundo, de lo que prefería a la gloria y la fortuna; del sueño. No era como Andrés un maestro exigente y avaro el que iba á despertarle para que se pusiese á trabajar, era el ruido de un torno. La pieza en que Buffalmacco tenía su cama, solo se hallaba separada por un tabique del cuarto que habitaba la muger de un obrero llamado Testa. Trabajaba noche y dia, y si descansaba, su marido la golpeaba sin piedad. El pintor no sabía á que santo encomendarse para librarse de aquel estrépito infernal, que no le permitía cerrar los ojos en toda la noche. Llamó en su auxilio á la astucia que le habia servido en casa del maestro Andrés, y he aquí lo que ideó. Despues de examinar detenidamente el tabique, descubrió un agujerito que caía precisamente encima del fogon de su incómoda vecina. Proporcionóse un largo tubo y se aprovechó de la ausencia de Testa y de su muger para introducir por medio de su tubo una enorme cantidad de sal en la pared que daba al fogon. La muger nada advirtió, y cuando por la noche regresó Testa para cenar, se puso furioso en cuanto probó el guisado, y comenzó á golpear á su muger por su torpeza y descuido. En vano protestaba su inocencia y juraba que no habia echado mas sal que la precisa; el brutal marido nada escuchaba, y la manifestó que si se repetía aquel descuido la golpearia cien veces mas. Justamente asustada con aquellas amenazas, la pobre muger resolvió no echar al dia siguiente ni un grano de sal en la marmita. Pero esta precaucion no impidió que el guiso estuviere salado de una manera espantosa: Buffalmacco lo habia condimentado. Testa, ciego de cólera, volvía á vapulear á su muger, cuando acudieron el estatuario y otros vecinos atraídos por los gritos de la victima.

—Camarada, dijo al furioso marido, es necesario ser racional. Te quejas de que tu sopa está muy salada por mañana y noche, pues bien, yo me asombro de que esta buena muger pueda coger un plato sin romperle, ni aun dar un paso en todo el dia. Toda la noche la pasa en el torno, y segun creo no duerme una hora. Déjala que descanse tranquilamente por la noche, y veras como por el dia tiene la cabeza despejada y no carga de sal los guisos.

Los vecinos apoyaron al orador: y de grado ó por fuerza, fué necesario que Testa reconociese la exactitud del discurso del discípulo de Giotto, á cuyas palabras daba mas importancia y crédito su condicion muy superior á la de un cardador. Desde entonces la muger de Testa pasó las noches durmiendo, su marido comió los guisos convenientemente sazonados, y Buonamico Buffalmacco no oyó mas el ruido de la rueda que interrumpia su sueño.

CAPITULO V.

QUE COMIENZA ALEGREMENTE Y CONCLUYE DE UN MODO TRISTE.

Buonamico Buffalmacco no tardó en dejar la humilde habitacion que ocupaba en la casa en que vivía Testa. De discípulo de Giotto llegó á ser maestro y tuvo numerosos aprendices. Debió aquel nuevo y feliz cambio de posicion, á las obras de ornato que ejecutó en el convento de religiosas de Faenza. Representó allí muchos asuntos tomados del Evangelio, entre los cuales era sumamente notable la *Degollacion de los Inocentes*. En esta composicion desplegó mucha energia y verdad. Las madres y nodrizas, alteradas las facciones por la rabia, el dolor, y la desesperacion, luchaban cuerpo á cuerpo y aun con los dientes, con los verdugos. El corazon se oprimía de espanto y de admiracion al ver aquella obra maestra, de ejecucion tan bien entendida y natural, y de una composicion tan difícil como complicada. Por desgracia ya no quedan de aquella obra mas que los diseños conservados por Vasari, porque las pinturas de Buffalmacco han desaparecido con el convento de monjas de Faenza, cuando se construyó la ciudadela de Paolo, llamada despues el castillo de San Juan Bautista.

Buonamico ejecutó solo todas las pinturas del convento. Como vivía muy próximo iba todas las mañanas al trabajo sin sombrero, sin capa y aun sin chaqueta. Para que pueda comprenderse lo que sigue, es preciso decir, que encerradas las religiosas en el claustro y con muy pocas relaciones en lo exterior, habian encargado á su director buscase un pintor y tratase con él acerca de la decoracion de su iglesia. El abad por consejo de Giotto, se dirigió á Buonamico. Las monjas no le conocian, y concibieron grandes temores cuando vieron llegar á un joven ligeramente vestido, y que mas bien parecia un obrero que un artista. Comunicáronse sus recelos, y aquella fué la conversacion en el convento: en fin no pudiendo contenerse ya, encargaron á la hermana tornera, dijese al artista que estaban disgustadas al ver que todavia no las habia enviado mas que un aprendiz, y que no dejarían comenzar los trabajos mas que al mismo pintor.

Buffalmacco sin desconcertarse, respondió con gravedad, que las quejas no podían ser mas justas.

—Deponed vuestra inquietud, añadió, todavia no he hecho mas que preparar los colores y dibujar los fres-

cos: mi maestro vendrá mañana, y entonces vereis que es mas gallardo que yo, y que tiene mucha mas soltura para pintar.

Efectivamente, al dia siguiente á la hora de la salida, se dirigió misteriosamente hácia la hermana tornera y la dijo:

—Venid y vereis: el maestro está trabajando.

—Pues yo no le he visto entrar en el convento, repuso la madre.

—Lo creo muy bien; dormiais profundamente cuando el pintor se presentó al frente de vuestra reja: os he llamado dos veces, pero roncábais á mas y mejor y no quise despertaros: entonces tomé vuestras llaves y he abierto á mi maestro.

—En nombre del cielo, dijo la tornera, no habéis de esto á nadie, porque hariais que la superiora me castigase severamente. Y sin embargo, yo no recuerdo haber dormido.

—Pues no obstante, roncábais de un modo capaz de despertar á toda la comunidad. No tengais cuidado que yo seré discreto, y mi maestro tiene la costumbre de no hablar jamás á nadie. Venid á verle por la cerradura de la puerta, porque si entraseis como habeis hecho cuando yo estaba solo, se encolerizaria y abandonaria la obra para no volver nunca.

La hermana tornera fué adelantándose de puntillas: conteniendo la respiracion, aplicó un ojo al agujero de la cerradura, y vió en efecto un hombre de alta estatura, cubierta la cabeza con un sombrero de alas anchas, y vestido con una capa. No podia distinguirse la cara, pero se veía muy bien el pincel que tenia en la mano. La hermana se retiró con precaucion, y fué á contar á la comunidad lo que acababa de ver. Por la noche, visitaron en masa, con la abadesa al frente, los trabajos hechos durante el dia. Encargaron á la tornera dijese á Buffalmacco, que aquella vez habian quedado satisfechas, y que las obras ejecutadas por el maestro, eran muy superiores á los diseños de su aprendiz.

Una cosa las parecia sin embargo débil y mediana, y era que las carnes estaban demasiado pálidas.

—Teneis razon, contestó Buonamico, vuestra observacion es muy exacta, y voy á hacérsela presente al maestro.

Aquella misma tarde, fué á ver á la tornera y la dijo: —He hablado con el señor pintor de vuestras entendedas y justas criticas, y he aquí lo que me ha contestado: «Yo corregiria fácilmente ese defecto, si tuviese excelente vino rancio para desleir mis colores: mis figuras tendrian entonces un colorido sonrosado: pero el buen vino es muy raro, especialmente el añejo, y necesito mucho.»

—Que no se detenga por eso, dijo la tornera, voy á ponerlo en noticia de la señora abadesa, y estoy segura de que remediará ese inconveniente.

En efecto, la buena abadesa dió entero crédito á las astutas palabras de Buonamico y le prodigó el mejor de los vinos que tenia la bodega del convento. Buonamico no tuvo la menor aprension, y durante los tres meses que pasó en la capilla de Faenza, se regaló alegremente con el esquisito vino, del cual creian que nunca consumia bastante, porque las religiosas conocian ya que las pinturas preparadas con vino habian ganado mucho en fuerza y en tono.

Sin embargo, el maestro que tan perfectamente podia verse por el agujero de la cerradura, salía y entraba siempre sin que la tornera pudiese espiar el momento en que pasaba por delante de su rejilla. Buffalmacco tenia continuamente mil medios ingeniosos y jocosos para explicar á la pobre religiosa cómo y por qué aquello sucedia de semejante modo. Por último, resolvió espiar á aquel misterioso artista cuando se marchase, y una tarde estuvo acechándole dos horas largas hasta que anocheció. Estaba siempre allí, de pie, con el sombrero y la capa puestos: pintaba con una suavidad que al levantar la mano, no se veía movimiento alguno ni en el cuerpo, ni en los brazos. Buffalmacco, por el contrario, trabajaba con buen ánimo, manejaba con mucha ligereza la brocha, y con frecuencia tenia que detenerse para enjugar el sudor que corría por su frente.

Llegó por fin el crepúsculo, recogió todos sus instrumentos de pintura, los limpió, los preparó para el dia siguiente, y se acercó á su maestro que permanecía inmóvil. Le quitó el sombrero, y se le puso en su propia cabeza; le despojó de su capa y se embozó en ella. La hermana tornera conoció entonces que el fingido célebre pintor no era mas que un cubeto de madera colocado sobre unas banquetas, magistralmente adornado con una capa y cubierto en su parte superior con un sombrero. Corrió á contar se descubrimiento á las religiosas, que comprendieron la leccion y dejaron á Buonamico concluir pacíficamente su obra.

Cuando Buffalmacco terminó los trabajos del convento de Faenza, le granjearon tanta reputacion, que como ya he dicho, numerosos discípulos fueron á solicitar sus lecciones y le encargaron pintase una capilla de la abadesa de Settimo; diéronle por asunto muchos episodios de la vida de Santiago. Colocó en el cielo raso los cuatro patriarcas y los cuatro evangelistas: hasta entonces no habia compuesto nada mas selecto. Por desgracia, Buffalmacco tenia la costumbre de valerse para pintar las carnes, del color violado, que con el tiempo produce una tinta que destruye las demas. Asi es que en el dia solo restan en la abadesa de Settimo algunos fragmentos apenas visibles de las pinturas de tan célebre maestro, y no se las puede juzgar mas que por los diseños que de ellas nos han dejado grabadores contemporáneos.

Buffalmacco hizo en seguida para la cartuja de Flo-

rencia dos cuadros á la aguada, de los cuales uno se encuentra en el coro, y el otro en una capilla contigua. En la abadesa de Florencia pintó los frescos de la capilla de la familia de los Giorchi, Bustari y Boscoli. Eligió por asunto Jesucristo lavando los pies á sus discípulos: Jesucristo en presencia de Herodes: Pilatos en la prision y Judas ahorcado de un árbol. Ejecutó en Ognisanti unos frescos, pintados con tanta naturalidad y solidez, que han resistido durante siglos enteros á la intemperie de las estaciones. En seguida le llamaron á Bolonia, en donde comenzó muchos frescos que dejó sin concluir; marchó á Asis en donde pintó toda la vida de Santa Catalina, y se dirigió luego á Arezzo, para adornar la capilla del obispo.

Aunque Buonamico habia dejado de ser ya un niño y un aprendiz, y habia llegado á ser un hombre y un pintor célebre, no por eso se habia despojado de la malicia y efervescencia de su juventud. El primero siempre en todas las partidas de placer, fué el que concibió la idea de las famosas fiestas náuticas que tuvieron lugar en Borgo San-Freano, y cuyos pormenores refiere Juan Villani minuciosamente, en el capitulo 60 del libro 8.º de su obra. Aquella fiesta atrajo tan gran número de espectadores, que el puente de madera del Carra se hundió con el peso de la multitud que se habia agolpado en él, para ver mejor las regatas y justas de los intrépidos gondoleros. Despues de esta catástrofe en la que Buffalmacco estuvo á punto de perecer, pintó en la iglesia de San Pablo que entonces pertenecia á los frailes de Vallombrosa, muchos asuntos sacados del Antiguo Testamento y de las vidas de los santos. El último y principal cuadro representaba el martirio de Santa Anastasia, arrojada á la hoguera; era notable sobre todo por la espresion de las cabezas. En la misma iglesia trabajaba tambien otro pintor llamado Bruno di Giovanni: estaba encargado de representar á Santa Ursula tendiendo la mano á la ciudad de Pisa, simbolizada por medio de una matrona vestida con un manto sembrado de águilas. Era preciso que el rostro de la suplicante espresase el fervor y la fe, y el de la protectora la benevolencia. Bruno no podia conseguirlo, y pasaba dias enteros en hacer y deshacer lo que habia pintado. En fin, no sabiendo ya á que santo encomendarse, ó mas bien á que demonio recurrir, fué á avistarse con Buonamico, y le suplicó humildemente le dirigiese con sus consejos. Es necesario advertir, que cuando Bruno llegó al convento de San Pablo, se preciaba de ser un maestro hábil, y se presentó como el primer pintor de la cristiandad. Buffalmacco, por el contrario, se habia revestido de una escasa modestia, habia aparentado la mayor admiracion hácia el extranjero de Pisa, y recomendado á sus discípulos que fingiesen el mas profundo respeto á Bruno, quien creyó toda aquella farsa formalmente.

Cuando el pisano salió de la celda en que trabajaba, para entrar en la del maestro florentino, los treinta discípulos de Buonamico se apresuraron á levantarse, se inclinaron hasta el pavimento, y dijeron uno detrás de otro:

—¡Bien venido sea el maestro Bruno de Giovanni el pisano!

Hasta que Buffalmacco descendió de su escala, y salió á recibir al visitante.

Este, despues de muchos circunloquios, refirió el caso al florentino, y le insinuó melifluamente que pagaria la suma que se le exigiese, porque un maestro hábil diera á las dos cabezas de Santa Ursula y de la ciudad de Pisa, la espresion que él no podia comunicarlas. En efecto nadie sobresalía tanto como él en pintar los ropajes, y en esto, el mismo Buffalmacco le era muy inferior: pero el pisano no entendía nada de cabezas. Asi pues, si Buonamico hubiese accedido á la petición de Bruno, el cuadro de este, tal vez habria sido superior al *martirio de Santa Anastasia*.

Buffalmacco fingió que no comprendía lo que Bruno queria decirle.

—¡Dios mio! contestó con una falsa naturalidad, ¿qué importa la mayor ó menor espresion de las cabezas? Eso no es mas que una parte accesoria. Solo los ropajes constituyen un cuadro, y merecen la atencion y el esmero del pintor. No deis á esa bagatela mas importancia de la que realmente tiene en si. En el caso de que las cabezas no espresen lo que vos quereis que digan, haced que salgan de la boca de Santa Ursula y de la de la ciudad de Pisa dos banderolas: en la una escribiereis: *Adjuva me per Christum*, y en la otra: *Adjutorium nostrum in nomine Domini*. Entonces, ya no habrá la menor incertidumbre.

Bruno encontró el consejo admirable, é inmediatamente fué á poner manos á la obra.

Buffalmacco, no consiguió hasta cierto punto el objeto de su burla, porque no se comprendió la ridiculez de la estúpida invocacion adoptada por Bruno. Hasta encontraron excelente la idea: muchos pintores le imitaron, y el prior de San Pablo se quejó á Buonamico, de que no hubiese hecho otro tanto en el *martirio de Santa Anastasia*.

A lo cual el florentino contestó encogiéndose de hombros, y volviéndose á su ciudad natal.

Sin embargo, no tardaron en llamarle á Pisa, para ejecutar cuatro frescos en el Campo Santo. Los cercó con un adorno que contiene su retrato. Entre las diversas composiciones de esta grande obra, son notables la *Creacion del mundo*, y la *Construccion del arca de Noé*.

Tal vez os referiré mas adelante de cuan triste modo concluyó la alegre vida de Buonamico Buffalmacco.

PAGANISMO.—IDOLATRIA.

El paganismo, ó la doctrina de los paganos, recibió este nombre en los primeros siglos de nuestra era, en la época en que los cristianos comenzaban á prevalecer



Huri montada en un camello fantástico, según una miniatura indiana.

en las ciudades, al mismo tiempo que los politeos solo á duras penas se sostenían en las aldeas (*pagi*). De aquí proviene el título de *pagan* que se dió á estos individuos, y el de *paganismo* con relación á sus creencias. Desde entonces, en el lenguaje de los cristianos, la palabra paganos, se aplicaba á todos aquellos que no eran judíos ni cristianos. Todos los paganos tenían de común el ser politeos. Cuando el mahometismo se separó del politeismo, y proclamó el monoteísmo, á imitación de la doctrina cristiana, afectando acusar á esta de triteísmo, no pudo menos de comprenderse á los que la profesaban en el número de los paganos. La edad media heredó esta terminología, y mientras duraron las cruzadas, se llamaron indistintamente á los sectarios de Mahoma paganos, ó infieles. Cuando cesó esta lucha, y apareció la luz de la imparcialidad, se conoció la injusticia que había en confundir la doctrina monoteísta de los musulmanes con las creencias de los politeos paganos, y la palabra paganismo fué desde entonces equivalente á la de politeísmo. Sin embargo, existe una diferencia entre la una y la otra; la primera, se usa con especialidad en la polémica, y se aplica generalmente á las

religiones que han luchado con el judaísmo, primeramente, y después con el cristianismo, al paso que la segunda designa únicamente ciertos sistemas religiosos, considerados en sí mismos y sin relación de ninguna especie con los demás, y en esta acepción precisamente tomamos nosotros ambos términos. Bajo la palabra paganismo nos referimos, no á los caracteres y á los destinos propios de las diferentes doctrinas que abraza esta palabra, sino al carácter común de todas las reli-

giones que admiten la pluralidad de los dioses y de las relaciones que han tenido sucesivamente con el judaísmo y el cristianismo.

El paganismo, cuyo origen se pierde en lo que se llama la oscuridad de los tiempos, nació en las familias que se habían separado de aquellas que sostienen nuestros códigos sagrados. No es otra cosa que la reunión de los sistemas religiosos que ignoran ó ocultan á la multitud la unidad de un Dios, autor y ordenador supremo del universo y de todo lo que encierra. En lugar de la creación por uno solo, y de una Providencia ó de una intervención providencial en los asuntos del mundo, el paganismo admite, la diversidad de los efectos, la pluralidad de las causas, y reparte sus rezos y las ceremonias de su culto entre una multitud de divinidades, cuyo número, cuyo carácter y cuyas atribuciones jamás podrán definirse de una manera cumplida. El paganismo tiene por otra parte un gran número de formas y variedades.

Nacido en la edad de los primeros tiempos, fué muy pronto la doctrina de la mayoría de los habitantes del mundo antiguo; solamente un pueblo fué monoteísta, y sin embargo, para preservarle del politeísmo, fué necesaria una intervención providencial. Esta primera lucha entre el monoteísmo y el paganismo ofrece seis grandes épocas; la caldea, la egipcia, la palestina, la persa, la griega y la romana: en la época caldea, el paganismo encontró en Abraham, verdadero patriarca de los hebreos, un adversario que entregó su posteridad entera al culto de un solo Dios, y que escogió para trasmitir á sus descendientes la memoria de esta alianza, un signo exterior con el cual mandó marcar su cuerpo. En la época egipcia, Moisés opuso al mismo sistema una legislación completa; leyes religiosas, políticas y civiles, que llevaban un poderoso carácter de nacionalidad y de separación relativamente á los paganos, es decir, á todos los pueblos del mundo. Empeño por otra parte la guerra mas abierta, y la guerra de la incompatibilidad mas pronunciada; de modo, que en la época palestina, la lucha entre el paganismo y el monoteísmo, fué permanente, y la historia de los judíos no fué otra cosa que una serie de combates religiosos, que últimamente, el establecimiento monárquico de David, logró someter, ya que no destruir, las antiguas poblaciones paganas de la tierra del monoteísmo. En la época persa, al contrario, fué el paganismo quien deportó y esclavizó la única nación monoteísta del mundo. Sin embargo,



Antiguos ídolos de la Polynesia.

en medio de todas las persecuciones que experimentó, esta nación conservó sus doctrinas. En la persona de Ciro, hizo el paganismo un acto de humanidad con respecto á los monoteístas, que habían estado mucho tiempo cautivos en tierra de destierro; y con la época griega comenzó para el judaísmo una era de verdadera tolerancia. Desde entonces, los judíos, ya diseminados en el interior del Asia, pudieron propagarse libremente por el Egipto, por Grecia, y por todas las provincias del

imperio que habían obedecido al héroe poderoso de Macedonia. El paganismo mostró muchas veces toda su intolerancia, durante el período griego, sobre todo en Siria, donde la dinastía de los Seleucidas, se lisonjeaba de someterse mejor á los judíos, si conseguía someterlos á sus creencias. No obstante, protegido en Egipto, y tolerado en otras partes, el monoteísmo hizo en estos siglos considerables progresos. No solamente los judíos tuvieron entre los griegos un gran número de prosélitos, sino que merced al progreso de las luces apareció en el seno mismo del paganismo, y particularmente en las escuelas de los filósofos, un gran número



Ganesa, dios de la sabiduría.

de monoteístas, pues los beneficios de la Providencia no se apartan de aquellos que no la conocen.

En el período romano, hubo tolerancia general para el monoteísmo por parte del paganismo; pero en esta regla se hicieron sin embargo, frecuentes y crueles excepciones: los judíos fueron perseguidos en muchas ocasiones, por la única razón de despreciar á los dioses del imperio, y por negarse á adorarlos. Pero pronto desapareció esta lucha tan prolongada entre el paganismo

mo y el judaísmo, con la presencia de aquella que estableció entre el paganismo y un monoteísmo nuevo, mas poderoso que el primero, pues que dejando de ser nacional, se manifestó el mas universal de todos los sistemas, ó mas bien, el único que tuvo carácter. Hemos designado al cristianismo. Esta religión tuvo que sostener una lucha contra la inmensa mayoría pagana, y esta lucha se distingue igualmente en muchas épocas: la época primitiva, la época constante, la época teodisiana, la época justiniana, la época pontifical, la época imperial y la época moderna.

La época primitiva de la lucha cristiana es una era de intolerancia y de persecución por parte del paganismo. Con efecto, si toleró en un principio á los cristianos ocultos

bajo la égida del judaísmo, se declaró contra ellos desde que los conoció bastante para distinguirlos de los judíos. Domiciano pretendió matar hasta el último cristiano. Si el paganismo fué mas indulgente que este príncipe, fué porque contaba mucho con su fortaleza; pero cuando trascurrieron dos siglos mas, y descubrió la de los monoteístas, tuvo Diocleciano que tornarse á emprender el proyecto de sus predecesores, y se decretó otra vez la destrucción completa de los cristianos.

todo cuanto puede inventarse de sobrenatural se puso en juego para llevar a cabo este designio; instituciones y columnas, maquinaciones religiosas y consideraciones políticas, acusaciones públicas y sangrientas ejecuciones. Disponiase el paganismo a celebrar horribles triunfos, cuando un jefe del imperio se determinó de repente á abdicar con admirable arrogancia. Con la época constantina dió principio la decadencia exterior del paganismo griego y romano que amenazaba destruir otros tantos paganismos; que arruinó el druidismo, cuya caída interior estaba ya muy adelantada. La familia de Constantino, para acelerar esta caída, tomó las medidas mas enérgicas; las armas mas cortantes que el paganismo de Roma y de Atenas acababa de emplear contra sus adversarios, sus adversarios los emplearon contra él. Privados de sus templos y de sus escuelas, de sus honores y de sus esperanzas, los partidarios de una doctrina que juraba el exterminio de los monoteístas no aparecian ni aun en minoria, mas que en Roma, ó en algunos departamentos de Alejandria, de Antioquia y otras ciudades. Solo estaban en mayoría en las aldeas, y bien pronto un decreto supremo dictó estas palabras fuertes y prematuras: *Ya no existen paganos en el imperio.*

La lucha no terminó todavía, sino que avanzó robusta bajo Teodosio y Justiniano.

Cuando fué casi consumada la ruina del paganismo griego, estalló una nueva lucha; la del cristianismo contra una religion nacida en Arabia que se consideró como pagana durante la edad media; la que no merecia este nombre á la verdad; pero á pesar de ser monoteista detuvo á los monoteístas cristianos en sus progresos y en sus ataques contra los paganos esteriotes del antiguo imperio de Roma. Con efecto las conquistas del cristianismo en Asia y Africa se suspendieron bruscamente, y la Europa meridional se vió invadida por los sarracenos hasta penetrar en el corazón de la España. La época pontifical que comprende desde la caída del imperio de Occidente hasta el restablecimiento de este mismo imperio bajo Carlo-Magno, se distinguió por su buen éxito y por los hechos mas gloriosos. El paganismo céltico y británico, fué vencido en este periodo, asi como el paganismo germánico de las márgenes del Rhin y de Helvecia, cuyas conquistas fueron dignas de la religion cristiana, San Agustín de Cantorbery y San Bonifacio

continuó en el seno de las naciones convertidas con gran número de prácticas y supersticiones paganas, al menos la época imperial terminó con la idolatría; pero la lucha entre el paganismo y el cristianismo no cesó. Al empezar la época moderna se reveló una nueva parte del mundo, y con ella surgieron nuevas regiones de

Mundo, fué poco á poco emancipándose de los errores de su antigua creencia.

La lucha del monoteismo contra el paganismo, ha sido siempre la de la verdad contrar el error; la de la civilización contra la barbarie. El fin del paganismo no ha terminado aun cuando se prevee su fin, y pronto desa-



Adoradores del fuego.

paganos: al punto pensó la Europa en combatirlos, y España dió el ejemplo aboliendo la dinastía y la religion de los Motezuma. Antes que España hubiese descubierto la América, el Portugal habia encontrado por el mar un camino para dirigirse á las Indias Orientales.

parecerá de la superficie de la tierra; perecerá en todas partes antes que termine el siglo, excepto en la China, donde podrá mantenerse mas tiempo; pero donde tambien sucumbirá si algun grave conflicto con las potencias de Europa llevan á aquella region una expedición combinada con designios religiosos.

El paganismo griego y romano, en su lucha con la religion cristiana, ha sido objeto de muchos escritos en la antigüedad judaica y cristiana, asi como la literatura moderna es igualmente rica en obras relativas á esta materia. B.***



Adoradores del Sol.

que convirtieron á los paganos, nuestros antepasados, se mostraron dignos sucesores de los apóstoles. Las derrotas que experimentó el paganismo sajón, eslavo y escandinavo durante la época imperial, bajo Carlo-Magno y bajo los emperadores de la casa de Sajonia y Habsburgo, no fueron tan puras ni tan gloriosas para la causa de los cristianos.

El paganismo desapareció de la Europa entera, y si

Francia, Italia, Inglaterra, Holanda, imitaron el ejemplo de los españoles y de los portugueses, uniendo, como estos países, el celo religioso al espíritu de conquista, y la ruina del paganismo á la fundación de colonias y al establecimiento de casas de comercio. Merced á aquellos numerosos misioneros, cuyo celo religioso se mostró tan superior á la ambición política y á la especulación mercantil que condujeron á tantos al Nuevo

HEVA.

(NOVELA.)

IV.

EN MADRAS.

Después de una larga travesía por el campo, Klerbbs y Gabriel llegaron á Madrás y fueron encerrados al punto en la prision del castillo de San Jorge.

La justicia es siempre mas espedita en las colonias que en la metrópoli. Los dos prisioneros no tardaron en comparecer ante sus jueces, habiéndose entre tanto agotado en conjeturas del motivo de su arresto. La tema de Klerbbs era que sin duda se les acusaba de querer fundar una ciudad en el desierto, crimen tal vez previsto por algun código indiano que ellos no conocían.

—Los dos cantores nos habrán denunciado, decia Gabriel.

—Comprenderia la acusacion, argumentaba Klerbbs, si Madrás estuviese hoy gobernada por el código *indou*, á semejanza de la vieja *Tchina-Patnam*; pero desde el advenimiento de lord Cornwallis á la administración suprema del país, solo tenemos que responder de nuestras acciones á jueces ingleses, que...

—Que no son tan tontos, añadía Gabriel, para condenarnos por haber cortado en la *East-India* cuatro estacas de arce con el fin de pasar la noche.

—Quizá querrán dar este ejemplo á los naturales, observaba sagazmente Klerbbs.

—Dispongamos, pues, nuestra defensa.

Durante su conversacion el *attorney general* entró en el calabozo, diciéndoles:

—Eduardo Klerbbs y Gabriel de Nancy, se os acusa de haber asesinado al indio Munusamy, súbdito de la Gran Bretaña ¿Teneis algun descargo que dar?

Los dos amigos lanzaron un grito, levantando las manos por encima de sus cabezas.

—¿Teneis algun descargo que dar? repitió el *attorney general*.

—¡Todos y ninguno! dijo Klerbbs, ¡según queramos!

—Existen contra vosotros formidables testigos, repuso el magistrado.

—¡Oh! ¡esta es una burla horrible! exclamó Gabriel.

—¡Cuidado, joven! dijo el *attorney*; ¡os irritais!... ¡os propasais! de consiguiente....

—Si, interrumpió con viveza Gabriel, los inocentes á quienes se acusa de algo están en una posición muy extraña; cuando toman con frialdad el asunto, como

Klerbbs:—¡Oh! dicen sus jueces, si se hallasen exentos de culpa ¡qué grito de verdad no saldría entonces de su pecho!—Cuando sueltan las riendas á un movimiento justo de cólera é indignacion, como yo:—¡Oh! la inocencia, objetan sus jueces, no se irrita, sus palabras no se alzan de tono, porque nada tiene que temer!—De modo que yo soy culpable á causa de mi indignacion, y Klerbbs lo es á causa de su impasibilidad.

—Os habeis distribuido á maravilla vuestros papeles, dijo el magistrado; pero el ojo avizor de la justicia no se dejará alucinar. Confesad de plano, y tal vez la clemencia....

—No queremos clemencia, sino justicia; respondió Gabriel, supuesto la haya en Madrás.

—La justicia, dijo el *attorney*, se encuentra en todos los puntos del globo donde flota esta divisa: *Dios y mi derecho*.

Y arrojando una severa mirada sobre ambos prisioneros, se levantó.

Klerbbs y Gabriel fueron separados, y hasta el día de los debates se prohibió cualquier comunicacion entre ellos.

La ciudad vieja, la ciudad negra, la ciudad europea, la ciudad china, en fin, todas las ciudades que concurren á formar la poblacion de Madrás, se habian puesto en movimiento con el anuncio de un proceso semejante; pues los indios ricos y los pobres aguardaban á ver con ansia su resultado, para fallar acerca de la justicia de los ingleses, sus señores, y cerciorarse de si usarian de una prudente imparcialidad, hasta sacrificar á un individuo de su nacion, manchado con la sangre de un indigena. Desde que alboró el día de los debates, las avenidas del palacio donde se instaló el tribunal, se hallaban inundadas de un pueblo de todos colores, mosaico humano que solo las calles de Madrás empiedra.

Cinco eran los jueces, presididos por el *criminal judge*; el *attorney general* ocupaba su banco.

Trajéronse los prisioneros. Llevaban el vestido andrajoso de su infortunada cacería; y sin embargo, las damas de la alta sociedad blanca y acobrada de Madrás, opinaron que aquellos jóvenes tenían muy buen aspecto, y que en manera alguna se parecían á asesinos.

Después de preguntarlos por su edad, profesion, pais, y domicilio, el presidente hizo llamar á los testigos.

Catorce eran; á saber: Mirpour, Goulab y los doce peones de Munusamy; y todos depusieron como una sola persona. Afirmaron de consuno que Gabriel y Klerbbs habian asesinado á Munusamy entre las orillas del Lutchmi y las gargantas de Ravana, y que, para sustraerse á su persecucion, se habian arrojado á nado y desaparecido luego en el valle de Lutchmi, cuyos árboles son tan coposos y aprensados como las espigas en los rios.

Tras ellos se presentó el bramin Syaly: dijo que Gabriel y Klerbbs habian llegado á su casa por la noche del día siguiente al asesinato; que sus fisonomías se mostraban siniestras, sus manos ensangrentadas y sus vestidos andrajosos, cual los de unos asesinos que luchasen mucho tiempo con su victima; y concluyó derramando lágrimas en memoria de Munusamy, su amigo, según se explicaba, y su vecino.

Los dos *larada-caren*, finalmente, declararon que habian visto á los dos acusados entretenidos en cortar estacas en el desierto para construir una cabaña, y que uno de ellos les regaló una moneda de plata como para comprar su discrecion.

El *attorney general* se levantó entonces, y dijo:

«Si un crimen hay evidente, palpable, claro como el sol que nos alumbra, lo es indudablemente el sometido á este tribunal. Acabais de oír las terribles deposiciones de los testigos, dignos todo de fé, antes á causa de su injenuo y candoroso carácter, que por su posicion social; pero, como dice Blakstone, *mirad la cara del testigo, y no su trage*. Veo, en primer lugar, doce peones, sirvientes honrados y laboriosos, que de seguro no se han puesto de acuerdo para declarar unánimemente contra los acusados, y que, si bien lamentan la muerte de su señor, no desearian vengarle con la de dos inocentes que no conocen. Preséntanse á mis ojos, en seguida, dos ricos negociantes, oriundos de estos dichosos climas, dos indios que se han retirado del comercio con el fin de disfrutar de esos dulces ocios que el poeta de Mantua ha celebrado con sus armoniosos versos. Goulab y Mirpour acaban de perder un amigo, un verdadero amigo, y semejante pérdida es irreparable: es un tesoro que no se encuentra sino una sola vez.

«Mencionaré á los dos cantores ambulantes, cuya declaracion, á primera vista de leve entidad, no es menos importante cuando se la examina de cerca? ¿Qué os han dicho esos hijos de la naturaleza? Han hallado á Klerbbs y Gabriel en medio de las soledades, donde el remordimiento y el temor del castigo los retenian, construyéndose á la carrera una informe choza, para sepultar bajo su techo un porvenir que debia pertenecer exclusivamente al verdugo. De suerte que esos dos hombres, educados en la molice y los placeres, y luego separados de la sociedad por la barrera del delito, se habian ellos mismos condenado á un destierro perpétuo, entre bestias feroces, ravales dignos de su horrible accion.

«Será permitido ahora expresar mi pensamiento por entero? Si; y ninguna humana consideracion me apartará de la linea que el deber me señala. Lo diré todo; nada ocultaré.

«Una cosa, á no dudarlo, ha llamado especialmente, honorables jueces, vuestra atencion; ¿qué interés tan grande pudo arrastrar á los dos acusados á cometer el

crimen atroz sobre que se discute? Porque, de acuerdo con la moral del sábio legista Makerson, *todo crimen supone un interés*; axioma que es solo un corolario de este otro mas conocido: *is fecit cui prodest*. Pues bien, el interés que ha precipitado á esos dos hombres en la maldad, no es ni la venganza ni la sed del oro; es una pasion adúltera, ó para explicarme mejor, la asociacion de dos amores infames! Asesinaron al marido, para... me detengo, honorabilísimos jueces, temiendo enturbiar el aire puro de este recinto, si concluyo una frase, cuyo sentido explica sobrado bien mi silencio. Con tal objeto se entretenian Gabriel y Klerbbs en fabricar una guarida en los bosques y á diez millas del lago de Tinnevely; allí se proponian ocultar á la victima inocente de su infernal pasion. ¡Insensatos! ¿aguardabais por ventura que nada atormentaria vuestros dias y vuestras noches en aquel apartado asilo? ¡Ah! no bastan para lavar una gota de sangre todos los torrentes que descienden de la montaña Azul! ¡Ni las innumerables flores de los silvestres jardines de la India hubieran alcanzado á dulcificar vuestros remordimientos! Sin cesar, gritarais como lady Macbeth:—*¡El mismo olor de sangre siempre! ¡Los perfumes todos de la Arabia, no serán suficientes para arrancarlo de esta mano! (Here's the smell of the blood still: all the perfumes of Arabia will not sweeten this hand!)*

«Hay otros testigos, pertenecientes á diversas naciones de Europa, que solo de lejos asistieron al asesinato del desgraciado nabab; por eso no los hemos llamado aquí. Dicen que nada vieron, y que asi no pueden afirmar cosa alguna, ni en pró ni en contra de los acusados. ¡Pues bien! Yo afirmo, yo, señores, que el silencio de esos europeos, intimamente ligados con los culpables, condena á estos mucho mas que el testimonio de quince indios. ¡*Silent clamant! Se callan, y luego gritan*, como dice Ciceron en su primera Catilinaria: *¡Silent clamant!*

«Ni es posible que pase por alto otra declaracion importante, aunque espresada en un lenguaje conciso, propio de los sábios del Indostan. El bramin Syaly os ha descrito en admirables términos la degradacion moral y fisica de los acusados al pedirle hospitalidad en medio de las tinieblas! ¿Cómo esos hombres, peritos en el pais, han sabido evitar la vivienda del lago! ¿Cómo han acertado á colocar una elevada montaña entre las casas de Munusamy y del bramin! ¿Y por qué, si estaban inocentes, no se presentaron al siguiente día, como los demas, en la habitacion de la viuda?... Anduvieron errantes al través de las llanuras para sustraerse á miradas acusadoras; y á no coger de sobresalto la justicia á los culpables, llegarán á Pondichery, y surcarán el Océano para esconder su delito y sus nombres en algun remoto asilo, donde la cuchilla de nuestra ley carece de accion sobre los criminales!

«Probado está, pues, el crimen hasta la evidencia; y es necesario que los indios, nuestros compatriotas, se convezan de que la justicia es igual respecto de todos. Démonos el parabien, puesto que por esta vez el estricto cumplimiento de la ley armoniza con una sábia política! Os entrego sin temor, honorables jueces, esos dos hombres; vuestra sentencia no puede permanecer dudosa. Y tú, indio desventurado, tú que has tropezado en los desiertos con cristianos mas feroces que los monstruos del Asia, consuélate en el seno de la eternidad! Tu sangre vertida no quedará sin venganza!

Este informe, mezcolanza de mal gusto, énfasis, retórica vana y rasgos felices, produjo una viva impresion sobre el tribunal y el auditorio. Los dos acusados conservaron una actitud digna, que se consideró generalmente como la expresion de la impudencia y una muestra del endurecimiento de sus corazones. El presidente, convencido ya suavizó empero su fisonomía, y dijo á ambos jóvenes:

—Antes de conceder la palabra á vuestro defensor, quiero preguntaros si no teneis nada que esponer en el interés de la causa.

—Nada, respondió apenas Gabriel.

Klerbbs se cruzó de brazos, é inclinando hácia atrás negligentemente su cabeza, dijo:

—Holgoria verme ahorcar mañana, aunque no fuese sino por lo raro del acontecimiento... y el joven inglés se sonrió con una de esas sonrisas que no se revelan en los ojos; con una sonrisa de loco.

El presidente, después de una larga pausa dijo:

—Tiene la palabra el defensor de los acusados.

Levantóse el abogado, sacudiendo las inmensas vejigas de su postiza peluca, estendió su brazo verticalmente hácia el techo, con el fin de reunir en el codo los pliegues de la manga de su trage talar, y dijo:

—Honorables jueces de este tribunal, la causa que.... Púsose de pie velozmente Gabriel é imponiendo silencio al abogado, exclamó:

—No queremos que se nos defienda. Una defensa es un insulto para nosotros! Basta caballero! Klerbbs, aprobó tranquilamente con una señal de cabeza estas palabras de su amigo.

El presidente ahuecó entonces su voz y dijo al abogado, que iba ya á sentarse:

—Obedeced al tribunal: defended á los acusados, caballero!

Irguióse de nuevo el juriconsulto, y principió asi: «Señores, no me empeñaré en disimular la penosa carga que el tribunal me ha confiado. Tengo que hablar después de un magistrado cuya elocuente voz ha conmovido nuestras almas; pero en mi corazon encontraré la necesaria fuerza para desempeñar dignamente mi deber de humanidad.

«Veis ante vosotros, honorables jueces, dos jóvenes

de las primeras clases de la sociedad, dos viajeros ávidos de sabiduría, y que han venido á buscar á costa de grandes trabajos y con peligro de sus vidas, una pequeña parte de la gloria que un tiempo recogieron los Colonos y Vascos de Gama. El estudio es su única pasion; la gloria su recompensa. Uno ha sido enviado por la Sociedad Real de Lóndres para descubrir la *Historia de los malabares*, escrita antes de Aureng-Zeb, que hizo asesinar á su hermano; el otro cumple con una mision no menos importante, la de viajar por la India á fin de completar la coleccion ornitológica del Museo de Paris, de ese *pandemonium* de todos los seres de la creacion.

«Pido al tribunal su permiso para leer la mitad de una carta de Mr. de Lacépède....»

—Abogado, no se trata de las cartas de Mr. de Lacépède. A la cuestion.

«Honorables jueces, continuó el juriconsulto, el respetable *attorney general* ha caído en una grave contradiccion. En un pasaje de su elocuente discurso dijo que los acusados habian intentado construir una cabaña en el desierto, llevando en ello miras criminales; y sobre esta conjetura estableció la base fundamental de su acusacion. Pero al concluir espresó el respetable *attorney* que Klerbbs y Gabriel pretendian huir y embarcarse en Pondichery. ¿De qué modo conciliar, honorables jueces, ambas cosas? ¿Cómo! ¡Gabriel y Klerbbs quieren fundar un establecimiento en Tinnevely, y al mismo tiempo corren á la costa de Coromandel en busca de un barco! ¡Al menos por Dios que la acusacion sea plausible! El asunto es grave gravísimo, pues se trata de la vida de dos inocentes. (Murmullos en el auditorio.)

El presidente con una voz penetrante: —A la menor señal de aprobacion ó de desaprobacion haré desocupar la sala.

El abogado, elevando el acento hasta el diapason de la amenaza del presidente, continuó:

«¡Oh! no los condenareis, porque la ciencia reclama sus servicios y la Europa tiene sobre ellos fijos sus ojos, porque las declaraciones en contra suya son vagas, y parecen dictadas á manera de leccion de discipulo á...»

El *attorney* se levantó furioso y exclamó:

—Los testigos están bajo mi proteccion, han hablado según les dictaba su conciencia y no sufriré que se dirijan ataques á su honor!

«No los condenareis, prosiguió el juriconsulto, porque no habeis oido testimonio alguno de descargo...»

—¡Presentadlos, presentadlos! dijo el *attorney*.

—¿Que los presente? ¡Vive Dios! mandad que los tigres de las gargantas de Ravana comparezcan!

—¡Bravo! exclamó Gabriel.

—Al fin ha tropezado con eso, añadió Klerbbs; perfectamente.

El presidente dió una palmada sobre la mesa, y dijo:

—La causa está completa. ¿Tienen algo que añadir los detenidos á la defensa de su abogado?

—Si, respondió Klerbbs, una cosa sencillísima, una sola cosa: que somos inocentes.

—¿Nada mas? preguntó el juez.

—Nada; parécenos bastante.

—Se levanta la sesion, dijo el presidente.

Klerbbs se inclinó al oído de Gabriel y le habló asi:

—Estoy tranquilo. Conozco á los jueces ingleses de las colonias, y sé que representan á las mil maravillas su papel. Este proceso es una concesion que hacen á los naturales del pais. Tal es su política: nos hallamos absueltos.

La legislacion de la metrópoli gasta mucho tiempo para introducirse en las colonias; de donde provenia que por aquella época no se conocia aun el jurado en Madrás. Magistrados especiales fallaban sobre los crímenes, y siempre de un modo espedito y sin demoras de ninguna especie.

Apenas duró un cuarto de hora la deliberacion. El presidente comenzó con un largo preámbulo, nauseabunda repeticion del discurso del *attorney*, y al fin pronunció una sentencia de muerte.

Klerbbs y Gabriel dieron las gracias con una reverencia.

El presidente se puso de pie y dijo:

—Klerbbs y Gabriel, la ley os concede veinte y cuatro horas para que os prepareis á morir.... Llevad á los condenados.

Cuatro soldados cipayos sirvieron de escolta á ambos jóvenes hasta la prision vecina. Aguardábanles en el dintel de sus calabozos un pastor de la comunión de Augsburg y un misionero de la Propaganda y ambos entraron en compañía de los presos.

Aquel día celebraba la ciudad indiana el *Raus-fatreh*, la fiesta de los amores de Kistna, bacanales de Coromandel. Una feliz casualidad mezclaba la muerte de dos cristianos con los regocijos públicos y la multitud se deshacia en demostraciones de alegría y bailaba al son del *bin* y del *sitar*, en la plaza del gobierno, donde esperaba llegasen al momento las horcas y el verdugo.

V.

LA JUSTICIA HUMANA.

Ni un solo hombre durmió en Madrás, desde el puente de los Armenios, hasta el edificio nuevo, denominado el Panteon, la noche que siguió al juicio en que Klerbbs y Gabriel fueron condenados. Madrás tiene tambien su

Panteon; que desde que los hombres han formado empedrado de suprimir á Dios, por todas partes los construyen. Para la ejecucion estaba señalado el día siguiente, á la hora en que el *beraidje* unce los bueyes al *tandijel* de viage y en que el trillador de arroz baja al llano de Tchoultry para ganar el pan cotidiano.

En medio de aquel torrente animado de diabólicos semblantes que se atropellaban en la direccion de la plaza de las horcas, no se percibian huellas ningunas de cansancio, aunque las infernales orgias de la última noche habian sido dignas del dios Kistna. Entre nosotros, pueblos de delicada faz, la piel revela en lo exterior el decrecimiento de las fuerzas; empero no acontece así con aquellas encarnaciones de bronce que tuesta el sol de la India; semejan cuerdas de réprobos, cuyos cuerpos se colorearon con las infernales llamas y que de nuevo en el mundo se han contentado con tomar del hombre las pasiones dejándole sus debilidades. En el centro de cada uno de aquellos torbellinos de sobrenaturales seres que se avalanzaban á la cima de sus bambús y piruetaban silbando á fuer de boas, cualquiera hubiera podido distinguir multiplicándose en derredor dos gigantes indios, cuyos ojos parecían despedir gavillas de fuegos de Bengala y que espoleaban, digámoslo así, con su voz tartárea aquella gente loca y ebria á fuerza de desenfreno y de licores. Estos dos entes sobrehumanos conocian las palabras que crisan los pies del indio y le hacen saltar como un tigre desde el cubil al valle. Uno era Goulab, á quien creyerais el dios Wichnou encarnado por la undécima vez en elefante; otro Mirpour, que mostraba en su cuerpo las ondulaciones dúctiles de la pantera y en su semblante las ásperas y nerviosas contracciones del leon. Un misterioso interés asociaba á estos dos monstruos humanos con las saturnales de aquella noche: vestidos como unos porcíscos habian salido de su soberbia habitacion del rio Triplicam, situada en el camino de Elora, arrastrando luego al pueblo de la ciudad negra al través de las calles y plazas de Madrás, y exhalando, á la par que él, formidables gritos de regocijo en honor de los jueces que vengaban en dos europeos la muerte del nabab de Tinnevely.

Vino el sol por último á alumbrar los festejos de aquellos demonios que llenaban, como las tempestuosas olas de un lago de bronce en fundicion, la vasta llanura donde estaba aguardando á los condenados el verdugo. A una breve distancia de las horcas, sobresalian Goulab y Mirpour por entre las cabezas de los indios, fijando sus ojos en la distante encrucijada, donde debía pronto mostrarse, saliendo de la prision el acompañamiento fúnebre. Pero las horas corrían y los criminales no se presentaban. El verdugo, de pie sobre un alto tabladillo, daba señales de impaciencia y paseaba sus miradas desde el reloj público al sol. Si se descubrian á ratos dos ginetes de la milicia en el estrecho de la plaza, al instante los indios engañados saludaban aquella vanguardia con una espresion desgarradora de agudos resoplidos, semejantes á una sinfonia de tigres. Sucediales un profundo silencio, no manifestándose la sed de sangre que devoraba á la multitud, sino por las ondulaciones de bronceadas cabezas que dijerais agitadas por el viento del golfo de Coromandel.

Un redoble de tambores anunció al fin la llegada de la milicia, y los cañones de la batería asomaron por entre las almenas.

Un ginete pasó á galope al través de las dos filas de milicianos *indous* y entregó un pliego al verdugo de Madrás.

Leyó éste lentamente la orden, y lució en sus labios una sonrisa feroz y estúpida, cual no se forma sino en labios de verdugo.

Levantó luego un lio de cuerdas, que colocó negligentemente sobre los hombros de uno de sus criados, y bajó del tabladillo, lanzando una melancólica mirada de despedida á sus dos horcas, cual si le desesperase el ver que aquellos hermosos instrumentos, fijados con tanta arrogancia por su mano, entrarían sin funcionar en su escondite, á manera de dos indolentes labradores que tornasen del surco sin haber segado las espigas.

Goulab saltó desde su puesto al pie de las dos horcas e interrogó al verdugo; quien le respondió enseñándole la carta y alzando las espaldas con el aire de un hombre que acusaba de injusticia á los dispensadores del perdón.

En el momento estallaron murmullos estridentes entre el populacho. ¡Se arrebatara una presa á aquel ejército de tigres! Y tal injusticia, ejercida sin pudor contra un pobre pueblo hambriento de carne humana y á quien lanzaban de la mesa del festin, iba quizá á traer en pos una insurreccion; pero un movimiento de soldados, y cierta luz que se distinguía en la batería del castillo, bastó para ahuyentar á aquellos horribles convidados, aun antes que exhalasen el primer grito.

Goulab y Mirpour desaparecieron en los torbellinos de la muchedumbre. Un terror de muerte los dejó helados, y siniestros presentimientos alumbraron con una confusa luz en sus espíritus la misteriosa escena de que acababan de ser testigos. Estos dos hombres-fieras, elevados desde el cubil al palacio, desde la desnudez del salvaje al lujo del nabab, se creyeron felices con encontrarse nuevamente en su ajuar primitivo, si bien habia la diferencia de que ahora sus anchos ceñidores recataban una enorme cantidad de dinero en cuádruplos de España; y como no osasen tornar á sus habitaciones, temiendo topar con alguna abrumante revelacion, se hundieron en el desierto que conduce á las sagradas soledades de los templos de Elora, resueltos á ver venir los acontecimientos en aquellas apartadas mansiones, á

favor de un espionaje fácil de establecer entre los hermanos indios de la fanática secta de Siva.

Con el crepúsculo de aquel día, un rico indio apellidado Talaíperi ó gran preboste, hermano de Munusamy, se habia presentado en casa del *attorney general*, para hacerle una comunicacion que no admitia demora. Despertóse el magistrado de sobresalto con los desesperados gritos de Talaíperi, á quien rehusaban los sirvientes la entrada, so pretexto de que la audiencia no comenzaba hasta medio día. El *attorney* llamó, é informado de que el solicitante era su predecesor antes de la colonizacion inglesa, mandó abrirle, teniendo á bien concederle á *deshoras*, y en traje de mañana, una audiencia extraordinaria.

Talaíperi, vestido elegantemente á la europea, se precipitó en el aposento del *attorney*, con un rostro cuya palidez parecia asomar por entre su tez de bronce.

—¡Justicia! ¡justicia! exclamó, honorable *attorney* ¡justicia!

—La hallareis siempre aquí, contestó el magistrado.

—¿Klerbbs y Gabriel van á ser llevados al patibulo?... preguntó el indio con febril inquietud.

—Dentro de dos horas.

—¡Son inocentes! ¡Son inocentes!

—¡Están condenados!

—Pero aun no han muerto, honorable *attorney*; no han muerto ¿es verdad?

—A los ojos de la justicia, si.

—Entonces vivirán, exclamó Talaíperi.... Oid. Durante quince años he desempeñado en la ciudad negra las funciones de gran preboste, y mi nombre ha merecido siempre el apellido de justo. Soy hermano de Munusamy; y puesto que vengo á salvar dos inocentes cabezas, dos jóvenes á quienes se quiere atribuir su asesinato, merezco que se me escuche.

—Caballero, dijo el *attorney*, perdes el tiempo en valde. ¿Con que Klerbbs y Gabriel son inocentes? ¿lo decis así?... Dejadme que os pregunte ¿habeis oido ayer mi informe?

—No, *your worship*.

—¡Ah!... pues si le hubierais oido, no vendriais á componerme un drama al romper el día.... Tomad, suplicoos que echéis un vistazo por ese diario; es el *Evening-Chronicle* de Madrás; ahí leeréis mi discurso.

—Pero, honorable *attorney*: ¿y si á despecho de vuestras argumentaciones, mi hermano Munusamy acudiese en persona á deciros que Klerbbs y Gabriel no le han asesinado?... El magistrado dió tres pasos atrás, y el diario se desprendió de sus manos.

—¿Cómo!... ¿Munusamy, vuestro hermano, no ha sido asesinado? exclamó el *attorney*, con el acento de un hombre que siente mas una herida en su amor propio, que lo que desea la resurreccion de una victima contra la cual ha litigado.

—Desgraciadamente, *your worship*, mi querido hermano ha muerto.... Pero aquí está una carta que justifica cumplidamente á Klerbbs y Gabriel, y constituye responsables del crimen á otras personas.

—¿Y quién escribió esta carta?

—Munusamy.

—¿El difunto?

—Sí, honorable *attorney*.

—¡Estais loco, nuestro antiguo gran preboste!

—Héla aquí. Leedla por favor, honorable *attorney*.

Arreglando ayer los papeles de mi hermano, tropecé en esa carta, que habia sido colocada como en relieve para que saltase á la vista desde luego. Lo mismo se dirige á vos que á mí. El tiempo urge; ¡leed en nombre del cielo!

El magistrado alzó los hombros y leyó la carta de Munusamy.

Su fecha era de la víspera del día en que el indio desapareció al través de las misteriosas tinieblas del rio de Lutchmi; decia así:

«Mi muy amado hermano:

«Mañana de madrugada vamos á una cacería de tigres entre el monte de los Pastores y las gargantas del Ravana. Vivo hace un año en compañía de dos hombres que aspiran á perderme, y que juegan conmigo á un juego lleno de astucias y emboscadas. Estoy aguardando una feliz casualidad que les arranque la máscara, para aplastarlos bajo mis pies como dos serpientes. Infortunadamente solo conozco una parte de los mil lazos con que me rodean en mi propia casa, y por fin me he decidido á suministrarles la ocasion de declararse á la descubierta enemigos míos. En el espacio de tres meses no han cesado de hablar de una cacería de tigres, y esto con tal obstinacion, que me induce á presumir tengan su plan de ataque fijado por el día en que se realice. Quiero, pues, acabar con ellos, y al efecto salimos mañana á cazar. No faltan cobardes entre nosotros, de los cuales no me cuido, puesto que de ellos no espero ni hostilidad ni socorro. Antes que nada cuento conmigo mismo, y despues con dos jóvenes viajeros, uno inglés y otro francés, quienes por el honor de sus respectivas naciones, no se aliarán nunca á mis dos malvados. En cuanto á los *peones*, miserables esclavos, bastará el fuego de una cazoleta para ponerlos en precipitada fuga.

«Mis salteadores se llaman Goulab y Mirpour. Uno está prendado de mi muger, y el otro tiene sobre sí un antiguo crimen que cometió en Calcuta, de acuerdo con su amigo, y ambos continúan sirviéndose mutuamente en la explotacion de nuevos horrores. Si sucumbiese mañana en esta cacería, no quiero que la justicia se descarrie dejando impunes á mis asesinos,

desde ahora los denuncio bajo los nombres de Goulab y de Mirpour. Adios, mi querido hermano; mientras escribo la presente, hago votos porque no lleguéis á leerla.»

MUNUSAMY.

En la habitacion del Lago.

Ni por esas se confesaba vencido el *attorney*; concluida la lectura, dió mil vueltas á la carta, recogió el *Evening-Chronicle*, releyó de cruz á fecha su discurso, confrontó ambos documentos, y tartamudeando á pausas algunos monosílabos, logró por último elevarse hasta la frase completa, diciendo:

—Querido gran preboste ¿creéis firmemente que esta carta sea de vuestro hermano? ¿Reconoceis su escritura?

—¿Cómo si la reconozco! He aquí, honorable *attorney*, cien cartas de mi hermano en este libro de memorias. Llamad á veinte negociantes de Madrás, enseñales el sobre de la que acabais de leer, y vereis si no nombran á Munusamy al instante.

—¡Pues!... porque en casos como este las precauciones nunca están por demás.... Y cuando se trata de un negocio concluido.... Yo sé cual es mi deber.... ¡Ah!.... Al momento voy á reunir á los banqueros y comerciantes de las cercanías....

—Pero primero que todo, honorable *attorney*, mandad que la ejecucion se suspenda....

—Nada hay por que temer.... Contamos aun con muchas horas....

Tocó la campanilla; se presentaron dos sirvientes, y les comunicó sus órdenes....

En tanto que llegaban los negociantes y banqueros, el *attorney* volvió á leer su discurso, y dando con el revés de su mano en el diario, decia:

—Sin embargo, mis razones son claras y concluyentes, mis argumentos indestructibles.... ¡Y la solidez de estas observaciones!... Y....

—Bien, objetaba Talaíperi: pero la carta....

—¡Oh! ¡la carta, la carta!... Nada de precipitaciones.... Eramos seis ayer.... cinco jueces y yo.... todos unánimes! ¿Estábamos por ventura ciegos?.... Ya sé cómo no asististeis á los debates!.... Pero mil personas distinguidas concurrieron y no se levantó á su favor ni una sola voz.

—¿Confesaron su crimen los acusados?

—No, cierto que no.... Vaya una razon en pró de ellos.... Si esa es la costumbre general.... se dejan ahorcar y no confiesan.... El corazon humano está formado así.

Los representantes de las primeras casas de comercio de Madrás llegaron en breve á toda prisas, en cumplimiento de la orden que se les habia comunicado; y sin vacilar, reconocieron de consuno la escritura de Munusamy.

—Si convocais en este sitio á toda la India comercial dijo el ex-gran preboste, oireis siempre lo mismo, honorable *attorney*.

—Tal vez.... tal vez! respondió el magistrado. Pero, todavia puede Munusamy haberse engañado en su concepto de Goulab y Mirpour.... Era un marido celoso, que....

—Pues llamad á Goulab y Mirpour... Llamad á la viuda de Munusamy; y de cualquier modo, convencéos de que no debeis conducir hoy al patibulo á Gabriel y Klerbbs, sino principiar de nuevo los procedimientos. La carta de Munusamy, leida ayer ante el tribunal, hubiese pesado algo en la balanza de la justicia... Esto es incontestable.

—¡No, no!... ¡Destruir el efecto de mi discurso! imposible ¡Aquella cita de Macbeth: *Ni los perfumes todos de la Arabia*!... ¡Oh! ¡si hubierais visto al auditorio! ¡Qué palidez en sus fisonomias!... No, no.... la carta de Munusamy.... Sin embargo, no precipitemos nada.... Haré que vengan Goulab y Mirpour... Iré yo á casa de la viuda del nabab vuestro hermano, satisfaré todas vuestras justas susceptibilidades.... Pero, credme, Gabriel y Klerbbs, son culpables.... ¡Oh, si que lo son!...

—Honorable *attorney*, exclamó Talaíperi extraordinariamente conmovido, ¡son inocentes! Responded de ello con mi cabeza! Tomadme en rehenes, encerradme; y si esos dos hombres resultan reos, consiento que se me ahorque en su compañía.

Tal esa la persuasion de Talaíperi al pronunciar estas palabras, que el mismo *attorney*, se sintió conmovido, y al fin dejó el *Evening-Chronicle* sobre su escritorio.

Dió en seguida dos ó tres vueltas por su gabinete, silencioso y con los ojos clavados en el suelo; cogió luego una hoja de papel, doblóla lentamente, igualó las páginas con las uñas del pulgar y el índice, y despues de probar muchas veces su pluma, escribió tres líneas sopesando al parecer, cada una de sus palabras.

Entró un *baillif*, á quien el magistrado entregó un billete para el gobernador. Dos *sheriffs-officers* recibieron tambien secretas instrucciones.

—Mr. Talaíperi, dijo el *attorney*, va á suspenderse la ejecucion hasta mañana.... Ahora veo claro en el asunto.... Existen otros culpables... cuatro en lugar de dos. Y como tengo ya en mi poder la mitad, me propongo coger á la otra mitad en el momento. Podeis retiraros. La justicia os agradece vuestro celo y os recomienda la mayor discrecion. No escitemos la alarma de los cómplices de Klerbbs y Gabriel.

Hablando en estos términos, hizo una señal de despedida á Talaíperi con la cabeza y con la mano.

Honorable attorney, repuso éste saliendo, no deo vuestra casa, pues permaneceré en el vestíbulo á vuestras órdenes.... Acordáos, sobre todo, de que Gabriel y Klerbbs, están inocentes.»

El attorney marcó con un movimiento su impaciencia y volvió bruscamente la espalda al indio.

Media hora después bajaba el verdugo de su tabladillo y se metía en su casa sin haber trabajado, como queda atrás referido.

Un piquete de soldados, con cuatro sheriffs-officers á la cabeza, rodeó inmediatamente la habitación de Goulab y Mirpour. Los dos indios habían husmeado el peligro, á fuer de bestias feroces, dejando atrás en sutileza á los attorney; empero, hallóse á dos peones de los que declararon en el proceso y se les condujo á casa del attorney-general, entonces en conferencia con el juez presidente y el gobernador, lord Cornwallis.

Allí, los dos peones, intimidados con las amenazas de los magistrados y la figura imponente del supremo jefe de la colonia, confesaron de plano. Dijeron que sus demas compañeros se habían embarcado aquella mañana en un *kattamaram* que zarpaba para Pondicherry, colmados de las larguezas de Goulab; contaron los acontecimientos de la cacería de tigres cual habían pasado, deponiendo así contra sus propias declaraciones, y se confesaron culpables, aunque empeñándose en atenuar su delito, acusando de todo á Goulab y Mirpour, que los habían seducido con oro y promesas brillantes. El attorney les dirigió ininidad de preguntas referentes á la complicidad de Gabriel y Klerbbs; pero, los peones no conocían á los dos jóvenes europeos sino por el valor que habían mostrado en las orillas del Lutchmi, cuando se abalanzaron solos al socorro de Munusamy, en el mas terrible de los momentos.

—Pero, dijo el attorney, entonces fué sin duda cuando Gabriel y Klerbbs pudieron haber asesinado al nabab, puesto que se quedaron solos con él...

—¡Cál! replicaron los peones; si no estaban solos! ¡Había entre el indio y los dos europeos cuarenta tigres capaces de devorar á *Tchina Patnam*!

—¿Habeis visto hoy á Goulab y Mirpour? preguntó el juez.

—En pos de ellos anduvimos toda la noche por las calles de la ciudad, y esta mañana los acompañamos á la playa del Gobierno. Cuando se retiró el verdugo, desaparecieron; creíamos hallarlos en su habitación, pero nos hemos engañado.

—Clara como el día, dijo el attorney, está la culpa de esos dos indios; y sin embargo, aun no veo bien justificada la inocencia de los otros dos acusados... Ayer dije en mi discurso....

Lord Cornwallis interrumpió al attorney con un ligero movimiento de su mano, y después de mandar que se llevase á los peones bien escoltados al castillo, le dijo:

—Vuestro celo es digno de elogio, amigo mio; yo lo estimo en lo que vale; hasta los ojos de mayores alcances pueden equivocarse alguna vez. Escuchadme. Hoy he recibido la visita de la viuda de Munusamy; he visto á los dos prisioneros; he hablado con el anciano misionero católico que pasó al lado de Gabriel la noche y con Talaipéri, el ex-gran preboste, que disfruta en Madrás de la estimación general; conozco, además, las costumbres de Goulab y Mirpour, sobre los cuales ejerzo hace tiempo una particular vigilancia; pues bien; consiguiente á todo lo que he sabido, á lo que se me ha confiado, á lo que he visto, no vacilo un momento en declarar que Klerbbs y Gabriel están inocentes, no obstante que ayer un tribunal los creyese culpables. Los anales de la justicia presentan cien ejemplos de este género, y fuerza es resignarse á la leve contrariedad de reconocer la equivocación.

El juez aprobó con un gesto sincero las palabras del noble lord. El attorney correspondió con un movimiento de cabeza y de brazo; pero, cualquiera hubiera tenido que replegarse en lo íntimo de su corazón, á impulso de la suprema palabra de lord Cornwallis, el rey de Comandante.

Una hora larga después de esta conversacion, Talaipéri, provisto de la orden del juez, y con la firma del gobernador, se dirigió á la prision, donde ya dos sheriffs-officers habían notificado al carcelero la sentencia de soltura.

Klerbbs y Gabriel, puestos en libertad, fueron con-

ducidos por Talaipéri á casa de lord Cornwallis, quien les habló noblemente.

—Creed, señores, les dijo al concluir, que estoy pronto á hacer cuanto me sea dable para obligaros á olvidar las crueles angustias de estos últimos días. Asistid con frecuencia á mis tertulias; pues quiero tener el gusto de estrecharos la mano afectuosamente delante de la alta sociedad de Madrás. Recordad siempre, que no habrá mayor dicha para mí, que la de prestaros un servicio bajo cualquier respecto, hoy, y en el porvenir.

Los dos jóvenes derramando lágrimas de enternecimiento, se deshicieron en acciones de gracias, y salieron del palacio con Talaipéri.

—Un elegante palanquin, ó sea *tandigel*, tirado por dos bueyes blancos, de la raza de los que en quince horas recorren las treinta y tres leguas que median entre Madrás y Pondichery, esperaba en la plaza, con los dos bueyes sus conductores. Mostrólo Talaipéri á los dos europeos, invitándoles á tomar asiento.

—¿Y adónde nos conducis, noble amigo nuestro? preguntó Klerbbs.

—A la habitación de Tinnevely, respondió el indio. Equivale á pasar desde el infierno al paraíso, dijo Gabriel.

—Os engañais, susurró el inglés al oído de su camarada; figúrome que no hareis sino cambiar de infierno. Gabriel suspiró hondamente, respondiendo solo con un espresivo silencio.

Al atravesar el palanquin el puente de los Armenios enseñó Talaipéri á los dos amigos la casa de Goulab. Estaba rodeada de soldados, y á pesar de la distancia, se divisaban, al través de las anchas celosías, grupos de oficiales que continuaban en sus averiguaciones.

—¡Oh! dijo Talaipéri, sacando su brazo fuera del palanquin, por mas que busqueis al elefante, trabajareis en vano; otros ojos se necesitan para verle, y otros manos para asirle!

Gabriel y Klerbbs, medidos por el palanquin, y dominados por el sueño, lo que no era de extrañar después de tantas noches de abrasadoras vigiliat, se habían dormido profundamente.

(Se continuará.)

Se sabe bien qué este de los aplausos va en gustos, y que no pocas veces acredita mas la fortuna que el mérito de las obras.

P. Isla.

Importa siempre empezar bien; y particularmente en la guerra donde los buenos principios sirven al crédito de las armas y al mismo valor de los soldados; siendo como propiedad de la primera ocasion el influir en las que vienen después, ó el tener no sé que fuerza oculta sobre los demas sucesos.

Solis.

Es ordinario que dure mas la memoria del agravio que de las mercedes.

Mariana.

Hace mucho al caso para mudar las costumbres del ánimo y del cuerpo, la calidad del mantenimiento con que cada uno se sustenta, y mas en la primera edad.

Idem.

—

El cielo no suele favorecer á la maldad, y es mas justo persuadirse acudir á los que padecen injustamente; ni hay para que temer la felicidad y buena andanza de que tanto tiempo gozan nuestros enemigos; antes debeis pensar que Dios acostumbra á dar mayor felicidad y sufrir mas largo tiempo sin castigo aquellos de quien pretende tomar mas entera venganza, y en quien quiere hacer mayor castigo, para que sientan mas la mudanza y miseria en que caen.

Mariana.

Hace mucho al caso para mudar las costumbres del ánimo y del cuerpo la calidad del mantenimiento con que cada uno se sustenta, y mas en la primera edad.

Idem.

TEATRO DEL DRAMA.—EL SITIO DE ZARAGOZA.



Escena final del acto tercero.—Don Valerio, señor Ayta.—Tio Jorge, señor Cillañazor.—Agustina, señora Flores.—Cipriano, señor Garcia.

El temor suele hacer liberales á los que no se atreven á ser enemigos.

Solis.

EFEMERIDES DEL SIGLO XIX.

Día 40 de febrero.—Año de 1813. Las tropas destinadas á América, se embarcan en Cádiz á las órdenes del general Murillo.—1834. Accion de Urdax.

Día 41.—1840. Accion de Cañada y de Forcés.

Día 42.—1834. El brigadier Espartero (comandante general de Vizcaya), derrota al gefe carlista Luqui en las cercanías de Barambio.

Día 43.—1837. Accion de Fonollosa.—1838. Horrosa accion de Sotoca.

Día 44.—1847. Accion de Ru de Colls.

Día 45.—1844. El general Sarsfiel derrota á una division francesa entre Vallés y Plá.

Día 46.—1836. Reñida y gloriosa accion de Arlaban ganada por las tropas de la reina al mando del general don Luis Fernandez de Córdova.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

En la tierra de los ciegos quien tiene un ojo es rey.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. NELLADO.

Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm. 8.